



Gaston Racine

**LAS LECCIONES DE
MARÍA**

Gaston Racine

**LAS LECCIONES DE
MARÍA**



Les leçons de Marie

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Foto portada: Lago de Zürich (Abigail Rodés).

Las lecciones de María

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: junio 2023.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:





Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1 La anunciación	13
2 La visita a Elisabet	25
La visitación	29
El Magnificat	33
3 La sierva del Señor	39
La prometida de José	43
El nacimiento de Cristo	46
Los pastores de Belén	48
Los magos de Oriente	50
La huida a Egipto	51
El regreso a Israel	51
El niño perdido y encontrado	52
La profecía de Simeón y su cumplimiento	54
4 Conclusión	57



Prólogo

Las «**Lecciones de María, madre de Jesús**», fueron presentadas por primera vez, en forma de estudio bíblico, en la **Convención Cristiana de Morgues** (Suiza), en 1955. Al año siguiente también fueron expuestas en Niza, a lo largo de tres conferencias, a un público totalmente diferente.

El interés suscitado por estos mensajes nos ha llevado a publicar en este libro lo esencial de las meditaciones sobre aquella a la que el Cristo moribundo dio por madre al discípulo amado.

En unos tiempos en los que nuestra juventud se apasiona más y más por las celebridades que, demasiado a menudo, encuentran su gloria en lo que debería ser su vergüenza, nos ha parecido útil recordar a nuestros lectores el verdadero rostro de la que, sin cesar, nos conduce a alguien mayor que ella: aquel que, tanto en la alegría como en el sufrimiento, fue su razón de vivir, creer, esperar y amar, Jesucristo, su Salvador, nuestro único Señor.

Gaston Racine

Niza, junio 1957

Cualquier modelo de sacerdocio que pretenda llevarnos a Dios es una usurpación de lo que Cristo ya hizo.

José de Segovia



Introducción

No es nuestra intención, durante estas páginas, apartar vuestros ojos de la bendita persona de Jesucristo, nuestro único Salvador, para fijarlos en María, la bienaventurada madre de nuestro Señor. Hacerlo sería una afrenta a la más humilde de todas las mujeres y negar su memoria. Al apoyarnos en la vida de María nuestro propósito es, por el contrario, encontrar una oportunidad para centrarnos en Jesús, para comprender mejor la voluntad de Dios con respecto a cada uno de nosotros.

Quienes piensen que la controversia no será ajena a nuestro estudio y que buscaremos, sobre todo, rebatir los dogmas de la Iglesia Romana para demostrar la validez de las creencias protestantes sobre María, se sentirán defraudados. Más bien queremos considerar, de manera serena, sin prejuicios, pero con absoluta honestidad y sinceridad, qué nos dicen los Evangelios sobre María, y qué lecciones podemos sacar de su vida para nuestro mayor beneficio.

Cada vida lleva en sí un mensaje y creemos que el de la madre de nuestro Señor es de incomparable enseñanza y riqueza. Sin embargo, deseando apasionadamente la edificación de todas las almas, no buscaremos sesgar ni ocultar las dificultades que podamos encontrar en nuestro camino. Recordaremos siempre, y sobre todo, que las exigencias de la verdad priman sobre todas las demás, y por ello buscaremos en estas páginas alejarnos lo más posible de un cierto clima de pretendida tolerancia que conduce a la confusión.

Evitaremos esta tendencia a un vago sincretismo que, con el pretexto de allanar las dificultades y permitir la reconciliación, traiciona lo que, en última instancia, sigue siendo la esencia de la verdad y de la fe. Por eso sabemos de antemano que molestaremos a ciertos católicos por nacimiento y tradición, aquellos para quienes María parece ser todo, cuando en realidad su ejemplo influye tan poco en sus vidas. También sorprenderemos a los protestantes de origen, aquellos que creen ante todo que tienen que

defender la doctrina de sus padres, cuando en realidad, imitan tan poco su fe.

Por otra parte, creemos firmemente que las almas unidas a Cristo y verdaderamente apegadas a la Biblia —cualquiera que sea su denominación— encontrarán en este estudio alimento para su corazón y ocasión para una profunda meditación. Por tanto no buscaremos el retrato de María en Roma o en Ginebra, sino que lo buscaremos donde el Espíritu Santo nos lo pintó, es decir, en las Sagradas Escrituras, la única autoridad en materia de fe.

No seremos nosotros quienes le demos a María su lugar, pero veremos el que Dios le asigna en su Palabra, lugar que ella aceptó ocupar y que nunca abandonó. Así que, todo personaje que se nos presente o se nos manifieste bajo el nombre de María sin tener los caracteres de María de Nazaret, deberá ser rechazado como impostura o como aparición del demonio. Porque antes de presentar a su falso Cristo, el demonio quisiera imponer al mundo a su falsa María, para hacer caer en la idolatría a multitud de almas.

No es simplemente hablando en contra de los nuevos o viejos dogmas como permaneceremos en la verdad. Tampoco guardando silencio sobre María o aparentando ignorarla, es como combatiremos el error. Sin embargo creemos que existe en los medios resultantes de la Reforma una laguna sobre el tema de María. En nuestros estudios bíblicos hablamos con facilidad de Abraham, de Isaac y de Jacob. La historia de los patriarcas y los profetas de Israel son objeto de nuestras meditaciones. Sacamos todo tipo de lecciones de sus vidas. Miramos la de los apóstoles, de María Magdalena, incluso de Judas. Pero, ¿cuándo hablamos de María, la madre de Jesús? En Navidad, con algunos trémolos en la voz, o de paso cuando predicamos sobre las bodas de Caná, o incluso, accidentalmente, al hablar de la cruz.

¿No corre este silencio el riesgo de ser tomado por desprecio? Por eso queremos, con estas líneas, dar a conocer humildemente lo que María es para nosotros y las lecciones que sacamos de su vida. ¿Os escandaliza si afirmamos que en Jesucristo vivimos con María, la madre de nuestro Señor? ¿Os tranquiliza u os sorprende aún más si os decimos que —sin convocar a los muertos— estamos a menudo en compañía de Abraham, José, Moisés, Samuel, David, Elías y tantos otros? El Dios de Abraham, de Isaac

y de Jacob, el Dios de María, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios y Padre, no es Dios de muertos, sino de vivos, ya que para él todos viven. El cristiano sabe así que está rodeado por una nube de testigos, varios de cuyos nombres aparecen en el capítulo once de la epístola a los Hebreos. Rodeado de ellos el fiel, dondequiera que esté, nunca está aislado, y encuentra inspiración en su ejemplo porque, aunque muertos, aún nos hablan.

María también está cerca de nosotros. Ella es la madre de nuestro Señor y la recordamos para imitar su fe, pues el resultado de su conducta fue traer al mundo al Hijo de Dios, nuestro Salvador y nuestro Maestro, única salvación para la humanidad. El cristiano, por tanto, no es un espiritista. No convoca a los espíritus de los muertos, ni pide su ayuda, sino que habita en comunión con los vivos del más allá, con todos los santos que están en Cristo en el reposo, mientras que aquí abajo, él también está en Cristo, pero en la lucha.

*María creyó las palabras del ángel y por la fe
concebó y fue escogida para que, por su medio,
naciera entre los hombres nuestro Salvador.*

Agustín de Hipona

La anunciación

1

Durante siglos la voz de los profetas había permanecido en silencio. Después de haber cortado, quebrantado y devorado todo, la bestia anunciada por Daniel descansaba. A su alrededor las naciones no sometidas guardaban silencio. Por un tiempo las espadas callaron y el universo pareció dormir bajo la sombra de las águilas romanas.

En esta insólita tranquilidad, esclavizado por Roma, el mundo, degradado y desesperado por las falsas religiones, preguntando en vano a los filósofos el secreto de la vida y de la virtud, sin embargo moría. Y en Palestina el mismo judaísmo moría, infiel a su destino. Pero si, vasallos del Imperio Romano, los judíos en masa habían traicionado su vocación, entre el pueblo elegido algunos verdaderos israelitas imploraban a grandes gritos la misericordia de Dios y la venida del verdadero libertador. Entre ellos, humildes mujeres de verdadera piedad creyeron, oraron y esperaron. El tiempo se cumplía. Jesús iba a venir.

Un día, en el templo de Jerusalén, mientras cumplía con sus deberes sacerdotales ante Dios, el sacerdote Zacarías vio de repente a un ángel del Señor de pie al lado derecho del altar del incienso. Era la hora en que el sacerdote elegido por sorteo ofrecía el incienso en el santuario, mientras la asamblea del pueblo permanecía fuera en oración. Abrumado y lleno de miedo Zacarías supo de labios del ángel que su oración había sido respondida. Cuando ya no esperaba una respuesta de Dios, el cielo rompió su silencio y este anciano sin hijos fue advertido de que sería padre, que su esposa Elisabet le daría un hijo que se llamaría Juan. A pesar de la incredulidad del sacerdote y de la avanzada edad de Elisabet, el heraldo del Mesías estaba a punto de nacer. Nada podía detener el desarrollo del plan de Dios.

Y mientras la palabra del ángel se cumplía para Elisabet, en el sexto mes de su embarazo, Gabriel, el ángel que está delante de Dios, siempre dispuesto a cumplir sus mandatos, fue enviado de nuevo a la tierra. El

evangelio de Lucas nos narra la visita de la siguiente forma:

Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, para visitar a una muchacha virgen llamada María, que estaba prometida en matrimonio con José, un hombre descendiente del rey David. El ángel, acercándose a ella, le dijo: —¡Saludos, colmada de gracia! El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres. Cuando ella escuchó sus palabras se quedó perpleja, preguntándose qué significaba aquel saludo. Entonces el ángel le dijo: —María, no tengas miedo, porque Dios te ha concedido su gracia. Vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin. Entonces María preguntó al ángel: —¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre. Le respondió el ángel: —El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que va a nacer de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet, a la que llamaban estéril, va a tener un hijo en su ancianidad, y ya está de seis meses. Para Dios no hay nada imposible. Entonces María dijo: —Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho. Y el ángel se fue de su presencia (Lucas 1:26-38).

Examinemos con más detalle esa parte de la Escritura donde, por primera vez en el Evangelio, descubrimos a María¹.

Al sexto mes...

Hay un tiempo para todo. Las intervenciones de Dios bajo el cielo tienen lugar a la hora, el día, el mes y el año que él ha determinado. Es él el que da la vida y la muerte. Es él quien supervisa la misteriosa formación del niño en el seno materno y es él quien lo hace nacer en su día. Dios tiene su hora. Su día D, su hora H se acercan. Las promesas divinas relativas al Mesías y contenidas en la Ley, los Salmos y los Profetas, finalmente se cumplirán. El cielo se abrirá. Misterio de piedad de infinitas dimensiones, abismo de amor, revelación de justicia, sobreabundancia de gracia, el Dios Altísimo se encarnará, se unirá personalmente a su obra. La tierra dará su fruto, la humanidad verá germinar el Salvador, el Santo, el Hijo de Dios.

... el ángel Gabriel fue enviado por Dios...

Sí, Dios reina sobre todos los césares, como una vez se sentó en su trono durante el diluvio. Al no estar dominado por ningún acontecimiento, él hace que todos sirvan a sus propósitos inmutables. Y para cumplir sus órdenes, en juicio o en misericordia, Dios *hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llama de fuego* (Hebreos 1:7). Según la Escritura, Dios tiene consigo espíritus superiores encargados de un ministerio a favor de los que han de heredar la salvación. De esta forma Gabriel, el heraldo divino, conocido por Daniel y Zacarías, el ángel de las buenas noticias *fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, para visitar a una muchacha virgen llamada María, que estaba prometida en matrimonio con José, un hombre descendiente del rey David* (v. 26-27).

Hay algo que impresiona en esta acumulación de nombres: Dios, Gabriel, Galilea, Nazaret, David, José, María. El Creador, los ángeles y los hombres se asocian para el cumplimiento de la maravillosa obra de la redención. El cielo se une a la tierra. Las cosas visibles e invisibles de repente se comunican.

... a una ciudad de Galilea...

Dios y sus servidores celestes conocen todas las regiones del mundo. En Galilea, país de oscuridad, se levantará súbitamente una gran luz, porque el cielo ha escogido esta tierra donde reinaba la sombra de la muerte para hacer brillar allí la vida.

... llamada Nazaret...

No es al templo de Jerusalén donde Dios envía a su ángel, sino a una pequeña y poco importante ciudad. Empieza una nueva era. Dios busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad; por eso habla a los hombres fuera de los lugares santos. Dios conoce el nombre de cada ciudad. Así como en los días de Abraham Dios sabía lo que pasaba en Sodoma y Gomorra, también sabía, en los días de Augusto, lo bueno que podía salir de Nazaret, «la flor despreciada de Galilea». Asimismo hoy *los ojos del Señor están en todo lugar, para mirar a los malos y a los buenos* (Proverbios 15:3). No ignora nada del estado de nuestras ciudades.

... para visitar a una muchacha virgen... prometida en matrimonio con... un hombre descendiente del rey David...

Dios cuida de los jóvenes y se interesa por su futuro. Autor del matrimonio, él sabe a quién está destinada una joven, porque de él toma su nombre toda familia en el cielo y en la tierra. Nuestro origen, nuestra raza, nuestros antepasados, nuestro temperamento, nuestra herencia, todo está ante él.

... que estaba prometida en matrimonio con José...

Dios conoce no sólo a los pueblos, sino a los individuos, su estado civil, su situación, su ocupación. Él sabe si somos ricos o pobres, obreros o patronos, manuales o intelectuales. Ante él no hay acepción de personas y el Señor se complace en visitar a la novia de un carpintero, honor que jamás conocerá la hija sin virtud de una Herodías.

... una muchacha virgen llamada María...

Dios conoce nuestros nombres, nuestra edad, nuestro hogar. Él sabe si una joven todavía es virgen, si una novia ha permanecido casta para el día de la boda, o si ha cedido a las tentaciones de la carne. María, este es el nombre de aquella de la que habló el profeta Isaías: *... la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel* (Isaías 7:14b). Este texto establece de una manera clara la omnisciencia del Señor, de la que el salmista habló en estos términos: *Señor tú me has examinado y conocido. Tu has conocido mi sentarme y mi levantarme. Has entendido de lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos... Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; ¡alto es, no lo puedo comprender!* (Salmo 139:1-3, 6).

El ángel, acercándose a ella, le dijo...

Los enviados celestiales no se anuncian. Tampoco necesitan pedir nuestra dirección. Dios conoce nuestro hogar, la distribución de nuestra casa. Él sabe en cualquier momento dónde nos puede encontrar: en la cocina, en el sótano o en nuestra habitación. Allá donde estemos Dios nos puede sorprender en cualquier momento, lo que hizo decir a David, en el salmo ya citado: *¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra* (Salmo 139:7-10). En el libro de los Hechos de los Apóstoles, vemos al Señor mismo dando a los hombres la dirección precisa de aquellos con quienes debían encontrarse.

En Damasco, el Señor le dijo a Ananías: *Levántate, ve a la calle llamada Derecha y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, que es natural de Tarso, él está orando* (Hechos 9:11).

A Cornelio, a través de una visión, el ángel de Dios le dijo: *Envía, pues, ahora hombres a Jope y haz venir a Simón, al que también se le conoce como Pedro. Se hospeda en casa de un tal Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar. Este te dirá lo que te conviene hacer* (Hechos 10:5-6).

Así que, *los caminos del ser humano están ante los ojos del Señor, y él examina todas sus veredas* (Proverbios 5:21). Nuestros hechos y pensamientos están ante él.

¡Saludos...!

¡Qué educación, qué cortesía la de los ángeles! En misión en la tierra, estos excelentes seres saludan a los hombres. E incluso, nos dice la epístola de Judas, mientras los hombres desprecian la autoridad e injurian los poderes superiores, el arcángel Miguel, cuando disputaba con el diablo el cuerpo de Moisés, no se atrevió a emitir contra él juicio de maldición, sino que dijo: *Que el Señor te reprenda* (Judas 9b). Siervos de Dios, consiervos de los santos, los ángeles saben que los hombres están predestinados a ser un día como la imagen del Hijo de Dios. Si los ángeles saludan a los hombres y tienen cuidado de no insultar a Satanás, ¡cuánto más debemos nosotros saludar a nuestros hermanos, considerándolos superiores a nosotros mismos!

... colmada de gracia!

El versículo treinta no deja dudas sobre el significado exacto de estas palabras. María es perdonada, es objeto de la gracia, del favor divino. Ciertamente María fue objeto de la gracia divina, porque esta joven virgen era parte de la humanidad pecadora que, separada de Dios, sufre las consecuencias del pecado. Sí, ser visitado por Dios es una muestra de su gracia. Pero, ¿por qué se da esta gracia a María en lugar de a otra hija de Eva? El ángel añade:

El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres.

Esta frase es importante y nos revela el verdadero estado del alma de María. ¿A quién prometió el Señor su presencia? La Escritura nos lo revela: *Porque así ha dicho el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo*

nombre es el Santo: Yo habito en la altura y santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu (Isaías 57:15a). No puede haber duda sobre la piedad de María —que atrajo sobre ella la mirada de su Creador— ya que *el ojo del Señor está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia (Salmo 33:18).* Es fácil decir: ¡El Señor está conmigo! Pero que extraordinario oírlo de boca de un mensajero del cielo: *¡El Señor está contigo!* No es un sentimiento más o menos vago de su presencia, sino una realidad gloriosa. Sin embargo, tal mensaje solo puede confundir al alma verdaderamente piadosa.

Cuando ella escuchó sus palabras se quedó perpleja, preguntándose qué significaba aquel saludo.

Quien vive en contacto con Dios conoce este temor, este temblor, esta perplejidad. Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Job, Isaías, Ezequiel, Daniel y más tarde Pedro, Santiago y Juan experimentaron este temor divino. Ante su Dios, María sólo conoce su miseria y su indignidad. Eso es todo lo que sabe de ella, como dirá en el Magnificat. Solo el Señor conoce y aprecia la piedad de María. Pero el ángel añade:

Entonces el ángel le dijo: —María, no tengas miedo...

Por primera vez, el visitante celestial pronunció su nombre. María ahora sabe que no hay error. No hay duda posible, el ángel no se equivocó de dirección, realmente se trataba de ella. Cosa maravillosa, bien digna de dispar sus temores, su nombre es conocido en los cielos, como lo fueron el de Abraham, a quien Dios distinguió de entre los paganos para hacerlo padre de todos los creyentes; el de David, a quien Dios tomó de entre los rebaños para hacerle un rey conforme a su corazón en Israel; el de Noé, el de Job y de tantos otros, como lo son hoy los nombres de todos los pecadores, cuyo arrepentimiento y fe alegran a los ángeles de Dios. ¿Es conocido tu nombre en el cielo?

... porque Dios te ha concedido su gracia.

Si María halló gracia ante Dios fue porque no era amiga del mundo; como Noé en tiempos del diluvio, como Job en su época, María era justa, íntegra, temerosa de Dios y apartada del mal. Si Dios dispersa a los orgullosos, si resiste a los soberbios, da gracia a los humildes (Santiago 4:6). Como nos revela el Magnificat, la fe de María era viva y personal. Sumisa a la ley de su Dios, esta joven judía iba a desposarse con un hijo de Da-

vid. No buscando cosas elevadas, sino asociándose con cosas humildes, se convertiría en la esposa de un carpintero. Prometida, permaneció pura y casta. Misericordiosa, pensando en los hambrientos, en los pequeños de la tierra, María se alimentaba de la Palabra de Dios y vivía en la oración. Su cántico no es más que una sucesión de citas bíblicas que brotan de su corazón como el agua de un manantial claro.

Vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús.

María está aprendiendo lo que significa encontrar el favor de Dios. El significado del saludo que la inquietaba, de pronto se ilumina de forma deslumbrante. María se convertirá en la madre del gran libertador anunciado por los profetas, y cuyo nombre será Jesús, el único nombre dado entre los hombres, por quien podemos ser salvados (Hechos 4:12). Y el ángel describe lo que será este hijo:

Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin.

Estas palabras no son extrañas a María. Las conoce, son textos de la Escritura de la que ella se ha alimentado. Pero en los labios del ángel estas palabras se encienden con una nueva luz. María entiende que, para cumplir sus grandes promesas, Dios la usará a ella. Esta es la gracia que le ha sido dada, «la mayor gracia» que la distingue entre todas las mujeres. Todas las declaraciones del ángel acerca del Mesías esperado, María las puede controlar sin dificultad. Su corazón, lleno de la Escritura, responde como un eco a cada texto citado. Su fe, que creía en la letra de la Palabra, ahora debe creer que la Escritura se cumplirá en ella y a través de ella. Entonces ella es la mujer cuya posteridad iba a aplastar la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15). Ella es, por tanto, la virgen sin nombre de Isaías, que dará a luz a Emanuel (Isaías 7:14).

Entonces María preguntó al ángel: —¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre.

¡María creyó! No duda de las palabras del ángel, pero necesita una explicación. Se ha querido ver en esta pregunta la prueba manifiesta de su deseo de permanecer perpetuamente virgen. María, por tanto, habría hecho voto de no conocer a un hombre, es decir, de no consumir su

matrimonio, porque, dicen, sería absurdo que una joven que pretendiera pertenecer a un día a su marido, le preguntara cómo podía tener un hijo. Pero ¿por qué querer forzar los textos y hacerles decir lo que no enseñan con claridad? María entiende que las palabras del ángel deben tener un cumplimiento inmediato. En el momento de la anunciación, comprometida con José, María aún no vivía con él. Virgen, ella se encuentra verdaderamente en la condición anunciada por Isaías, la única que puede ser considerada madre del Salvador. Porque la concepción y venida al mundo de Emanuel debía ser una señal, es decir, un milagro del Señor. Estaba claro que la virgen anunciada por el profeta no debía concebir como el resto de las mujeres. Sin embargo, la escritura no había revelado el misterio de tal concepción. ¿Cómo ser madre sin la intervención de un hombre? Esta, al parecer, es la pregunta que preocupa a María y a la que el ángel responderá:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que va a nacer de ti será llamado Hijo de Dios.

Ante los asombrados ojos de María se levanta una esquina del velo. Comprende que la promesa que le fue hecha será cumplida en ella por una creación ajena al orden de la naturaleza. Su hijo no nacerá como nosotros, de la mezcla de sangre, ni de un instinto carnal, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. En su ser, ofrecido como un sacrificio vivo y santo, Dios iba, por la operación de su Espíritu, a formar un cuerpo para su Hijo. Aquí estamos en terreno sagrado, donde es más sabio callar y adorar que querer dar explicaciones. Explicaciones que sólo mancillarían la pureza de la encarnación, del gran misterio de la piedad: *Dios manifestado en carne* (1 Timoteo 3:16). Concebido del Espíritu Santo, nacido de la virgen María, Jesús será sin pecado, pero participará de nuestra naturaleza que, después de la caída, sufrió las consecuencias del pecado. Así, tendrá hambre y sed, conocerá el cansancio, el sufrimiento y la muerte. Será un hombre entre nosotros, pero será santo. *Por causa del pecado —dijo Pablo— envió [Dios] a su Hijo en condición semejante a la de los pecadores...* (Romanos 8:3b).

Quizá sea útil trazar aquí un paralelo entre María y Eva, la primera doncella, la primera virgen. Creada por Dios para ayudar al hombre, la primera mujer fue tomada del hombre. Situada en un lugar de deleite y encanto, Dios desposa a Eva con el primer rey de la creación, para ser un

día una sola carne con él. Durante su compromiso, Eva fue visitada por la serpiente (Génesis 3). Si Gabriel tomó una forma humana para aparecerse a María, el diablo toma la forma de un animal. Uno vino de lo alto, el otro de abajo. Sin ningún saludo el seductor se dirige a la mujer y mientras se encuentra ante quien goza del favor de Dios, ante la inmaculada llena de gracia, ante la reina de la creación, mediadora con Adán de todo tipo de gracia sobre todas las cosas, la serpiente hace creer a Eva que Dios la priva de la gracia.

Sembrando la duda en la mente de Eva, despierta en su corazón la inquietud que provoca la codicia. Y mientras Satanás calumnia al Dios vivo, Eva ya no controla las palabras de la serpiente, cree lo que se opone a lo que conoce de la Palabra de Dios. Su voluntad cede, Eva consuma el acto que la destruirá y hundirá a todos los que desciendan de ella en la miseria y el pecado. Para traer el pecado al mundo, Satanás encendió la codicia de la primera mujer. Por haberse dejado envolver por la sombra del diablo Eva concibió de Satanás, dando a luz el pecado que lleva a la muerte. Arrastró a su marido a la desobediencia y el fruto de su vientre fue Caín, el asesino, el hombre que quita la vida, que introduce la muerte en este mundo. De ahora en adelante, fuera del Edén, los descendientes de la primera pareja pecadora nacerán en una creación sujeta a la vanidad, en un ámbito dominado por la rebelión, el desorden, el sufrimiento, las penas, el luto, la muerte y la corrupción. Es en un mundo así en el que nacerá María, la esposa de José, hijo de David, cuyo árbol genealógico contiene los nombres de cuatro pecadoras: Tamar la incestuosa (Génesis 6), Rahab la ramera (Josué 2 y 6), Rut la extranjera (Rut) y Betsabé la adúltera (2 Samuel 11).

Nacida de la carne, la naturaleza de María no era diferente de la de las otras mujeres. Sin embargo, el pecado no está principalmente en la naturaleza física que Dios nos ha dado, sino en nuestro libre albedrío que resiste a Dios y corrompe todo nuestro ser. Entonces, sin la intervención de Dios, todos estamos perdidos. La piadosa María lo sabe mejor que cualquiera. Por eso busca al Señor con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. Nacida, como ella misma reconoce, en la debilidad de una naturaleza caída, María esperó en Dios, confió en su misericordia y vivió en su temor, creyendo en sus promesas. Y ese cuerpo que su voluntad podría haber usado para satisfacer sus deseos, lo conser-

vó puro por la gracia de Dios en vista de su matrimonio con un hombre temeroso del Señor.

Así, durante el tiempo de su compromiso, María fue visitada. Como un lirio entre las espinas que crecen fuera del paraíso, Dios distinguió en Nazaret una flor que se llamaba María. Esa flor daría un fruto, mientras que Eva robó un fruto. Y el fruto de María no causaría la muerte, sino que impartiría vida. María se lo ofrecería a José para que comiera y una multitud después de él disfrutaría de su sabor. Mejor que Eva, María podría llevar el nombre de madre de todos los vivientes, porque Eva es madre de los que mueren, mientras que en cierto sentido María es madre de todos los que viven, como Abraham es padre de todos los que creen.

Después de revelar a María el secreto de Dios sobre la concepción del Hijo prometido, el ángel le da una señal que ella no pide:

También tu parienta Elisabet, a la que llamaban estéril, va a tener un hijo en su ancianidad, y ya está de seis meses.

Así se complace Dios en fortalecer la fe de los que le creen. La fecundidad de Elisabet, la que llamaban estéril, le recordará a María, una vez sola, que no fue juguete de un sueño. Sí, su parienta conocerá en su vejez la alegría de ser madre, porque, añade el ángel:

Para Dios no hay nada imposible.

Estas últimas palabras cayeron en el corazón de María como lluvia sobre la hierba verde. Dios, siempre el mismo en su amor y poder, renovó para Zacarías y su esposa lo que antes había hecho para Abraham y Sara. No hay nada imposible para Dios. Al igual que Job, María ahora sabe que Dios todo lo puede y que nada se interpone en el camino de sus pensamientos. La fe ha penetrado en su conocimiento de la razón. Todo se vuelve más claro y armonioso. Como Jeremías entiende que para Dios nada es imposible. La certeza de la Palabra invade su corazón y trae a sus labios la respuesta que todo el cielo esperaba: *muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, porque tu voz es dulce y hermosa tu figura* —repite el amado en el libro de los Cantares (2:14b). ¿Qué hará María? ¿Cuál será su respuesta?

Entonces María dijo: —Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho. Y el ángel se fue de su presencia.

En estas palabras María revela su alma. Ni aplastada ni exaltada por su misión sobrehumana, simplemente se inclina y adora. De todo corazón se somete a la voluntad de su Dios, creyendo que lo que él ha prometido es poderoso para hacerlo. Ya no se pertenece a sí misma. Sobre la sierva del Señor, jardín amurallado, manantial cerrado, fuente sellada, los cielos se inclinan. El ángel se apartó de María, pero en su jardín entró el Amado. El Verbo se había encarnado. Pronto nacerá, crecerá, enseñará y, luego, morirá por nosotros.

Ya en la anunciación, que nos permite descubrir la pureza, la humildad y la sumisión de María, la sierva del Señor está ahí para hacernos ver que hay alguien más grande que ella: el Hijo de Dios que, por misericordia, se hace carne para salvar nuestras almas.

1 ► El orden de las frases varía según la traducción a cada idioma. Por esta causa la construcción de las frases en español difiere del francés original. Por dicho motivo, y para no alterar la secuencia del texto del libro, la mención a las citas bíblicas no está en el mismo orden en que aparece en el Evangelio de Lucas (RV2020). Sin embargo el sentido final permanece inalterable.

*No brilles para que las personas te vean, brilla
para que las personas vean a Cristo.*

C. S. Lewis

La visita a Elisabet

2

El primer capítulo nos permitió conocer más íntimamente a María, la madre bendita de nuestro Señor. Qué lecciones de pureza, humildad, confianza, fe, obediencia, abnegación y amor absoluto hemos encontrado ya en aquella que el Espíritu Santo proclama por boca de Elisabet: *bendita tú entre las mujeres* (Lucas 2:42a). ¿Cómo no pensar en la mujer virtuosa de Proverbios, o en el lirio entre espinos del Cantar de los Cantares?

Una joven de Nazaret recibe la visita de un ángel. Este entró en su casa, habló con ella y luego la dejó. María no solo vio a un ser celestial, sino que en su humilde hogar escuchó su mensaje y aceptó la nueva vida que él le ofrecía.

Muchas personas hoy en día quisieran ver un ángel y se sentirían muy honradas si un mensajero del cielo viniera a verlas. ¡Pobres de ellos! Olvidan quizás que las almas que conocen las primicias de una vida celestial en este mundo, son aquellas que buscan sobre todo las cosas de lo alto para hacerlas objeto de sus afectos. Dios se acerca en gracia a los que humildemente acuden a él y responden a sus infinitas misericordias, ofreciendo sus cuerpos *como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios* (Romanos 12:1b). El alma que se niega a conformarse a las costumbres de este mundo y que encuentra sus posibilidades, no en los medios y métodos del mundo, sino en los recursos que ofrece la vida del Espíritu, siempre puede esperar conocer toques especiales de la gracia divina.

Las intervenciones sobrenaturales están reservadas para aquellos de quienes el enviado celestial puede decir: *El Señor está contigo*. Allí donde haya un corazón verdaderamente deseoso de agradar a Dios, el Señor está listo para manifestar su presencia. Para aquellos que verdaderamente le pertenecen y le sirven, siempre es posible ser visitados o rescatados por un ángel de Dios. Sin embargo, debe recordarse que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz y que los espíritus malignos, que aún reinan en los lugares celestiales, buscan engañar incluso a los elegidos. De hecho, vimos

en nuestro capítulo anterior que Eva, la primera esposa, la primera virgen inmaculada y llena de gracia, fue visitada en el momento de su noviazgo por un ser sobrenatural.

Seducida por la astucia de la serpiente, Eva cometió el error de escuchar las palabras que ofendían a su Creador. ¿No estaba insinuando Satanás que Dios estaba privando a su criatura de algo? ¿No le sugirió que bastaba liberarse del mandato divino para ser como los dioses, sabiendo el bien y el mal? Las afirmaciones de la serpiente se oponían a las palabras que Adán había recibido de Dios, observación que debería haber bastado para apartar a su mujer del seductor y desenmascarar su diabólico plan. Sin embargo Eva escuchó esta voz ajena que, en todo momento, buscaba socavar la autoridad de la Palabra de Dios, poner al hombre por delante, darle protagonismo para hacerle olvidar a Dios. El ángel caído, la Serpiente Antigua, quería hacer caer al hombre a tierra. Eva se dejó cubrir por la sombra de Satanás. Despertada a la codicia, esta codicia iba a concebir y dar a luz el pecado en la carne que, a su vez, daría a luz esta vana manera de vivir, a este viejo hombre incapaz de agradar a Dios, y que no muere en nosotros mas que en la muerte de Cristo en la cruz.

María, a diferencia de Eva, examinó en su corazón lo que le dijo el ángel Gabriel. Nada de lo que le dijo estaba en oposición a su conocimiento de las Escrituras. El ángel no le reveló ninguna verdad nueva. Se limitó a recordarle los textos de la Palabra de Dios anunciando la venida del Mesías. Que una virgen concebiría, María lo podía saber leyendo al profeta Isaías. ¿Acaso no estaba esperando a este libertador que iba a nacer? Este Hijo del Altísimo que sería grande y se sentaría en el trono de David su padre, este rey cuyo reinado no tendría fin, ¿no era él el objeto de su esperanza? Todas estas verdades eran conocidas por María. Formaban parte de las promesas de Dios contenidas en la Palabra que, como el salmista, la joven atesoró en su corazón para no pecar contra Dios. Sin embargo, lo nuevo y sobrecogedor para María, lo que le provocó esta profunda turbación, fue saber por boca del ángel que todas estas maravillas se referían a ella personalmente y se iban a realizar en ella; que la Palabra en la que creía iba a quedar impresa, a encarnarse en su carne mortal, a hacerse realidad en su vida, en su cuerpo, en su sensibilidad.

Antes de seguir adelante y considerar la enseñanza que podemos obtener del encuentro de María y Elisabet, y luego del Magnificat¹, deten-

gámonos unos instantes más para comprender mejor los sentimientos que agitaron el corazón de María después de la visita del ángel. Reconsideremos con ella, en nuestro corazón, todas las cosas que el mensajero celestial acaba de anunciarle.

Hay silencios en la Sagrada Escritura que hablan con tanta elocuencia como la palabra escrita. Esta enseñanza escondida se revela a quien medita y deja que Dios prolongue por su Espíritu las líneas de su Palabra en su corazón. Todo apego a la palabra debe ir acompañado y seguido de una iluminación del Espíritu. María acaba de comprender que ella es la elegida por Dios. La Palabra se hace para ella viva y operante, más penetrante que una espada de dos filos. Su fe en la Escritura va a ser recompensada. Lo que dice la Palabra sobre el invisible es realidad. Hasta este momento María creía sin ver. Ahora verá el cumplimiento de lo anunciado por el Señor. María accede a servir a los benevolentes designios de Dios para la salvación del mundo. Pero esta aceptación no la deja inalterada. El hijo que espera se hará presente en ella. ¿Qué dirá José, que pensará el mundo, cuando el cuerpo de María traicione su secreto?

Temiendo a Dios, apartándose del mal, observando la ley, María conservó su cuerpo en castidad. Prometida con José, un hombre justo y piadoso, María, como toda joven, tenía proyectos, elaboraba planes para su vida, y de repente el cielo le reveló los planes de Dios para ella. Dios la necesitaba. María debía pertenecerle a él antes de pertenecerse a sí misma o a José. Sucede lo mismo con todos aquellos a quienes Dios llama a él. El alma que hoy quisiera ser visitada por un ángel, debe saber que hay un precio a pagar, y que tal aparición no se nos concede para satisfacer nuestra curiosidad o darnos importancia. Cualquiera que sea su manifestación, la gracia de Dios nunca nos visita para cumplir nuestros deseos egoístas, sino siempre para glorificarle a él, para hacernos útiles a los demás y para obrar nuestra santificación personal. Cuando la llamada de Dios resuena, debe encontrarnos dispuestos a perderlo todo: proyectos agradables, deseos personales, reputación, estima de nuestros amigos, confianza de nuestros seres queridos. A menudo hacemos planes para nuestro futuro pidiéndole a Dios que ilumine nuestros caminos y bendiga nuestros esfuerzos. Pero, ¿estamos seguros de estar en los caminos del Señor? ¿Le hemos dejado revelarnos su voluntad para nosotros? María estaba comprometida con José y eso estaba muy bien pero, en el consejo de Dios, María fue escogida para traer al Salvador al mundo.

Saulo de Tarso persiguió a los cristianos y pensó que servía a Dios, hasta el día en que supo que Dios lo había apartado desde el vientre de su madre, para llevar el nombre de Jesús ante las naciones, ante los reyes y ante los hijos de Israel. ¿Qué pasa con nosotros? Mucho sufrimiento acompañará siempre a aquellos a quienes Dios así escoge y a quienes concede tan gran favor. Tal llamamiento está más allá de la comprensión humana. Por eso María bien podía preguntarle al ángel: *¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre.* Más tarde Nicodemo hizo a Jesús una pregunta similar sobre el nuevo nacimiento: *¿Cómo puede hacerse eso?* (Juan 3:9).

Así como la encarnación, el nuevo nacimiento no puede ser obra de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre. Es la obra de Dios obrada por su Espíritu. El niño nacido de María sería, pues, santo, mientras que todos los nacidos de mujer son pecadores. Así mismo solo lo que nace del Espíritu es espíritu. Sí, María creyó que no había nada imposible para Dios. Desde Abraham toda la historia de su pueblo está presente para confirmar que el Dios de Israel es el Dios de los milagros, y que nada puede oponerse a sus pensamientos.

La imposibilidad nunca está al lado de Dios, a su lado siempre hay un camino abierto. La imposibilidad y los obstáculos están del lado del hombre. Si María mira a Dios todo irá bien, pero si se mira a ella misma o a los hombres, dudará y retrocederá. Se juzgará indigna del honor que Dios le concede. La visita del ángel no le hizo olvidar su insuficiencia y su humilde condición. Su pobreza, su modesta condición, su juventud, su inexperiencia ante la vida y tantas otras consideraciones razonables podían detenerla. ¿Será su compromiso con José un gran obstáculo? Efectivamente, ¿qué dirá el prometido de María? La angustia bien puede apoderarse de su corazón, porque la visita del ángel le trajo no sólo una promesa de vida, sino también una sentencia de muerte.

Casta y pura, María, sin embargo, tiene los pies sobre la tierra. El ángel le dijo: *Vas a quedar embarazada.* María sabe que no siempre podrá guardar su secreto. Si no habla será cuestionada. ¿Quién creerá entonces que está embarazada del Espíritu Santo? María no desconoce la ley: la novia que se encuentre encinta por obra de otro será apedreada. Si no se la cree, si se le aplica la ley, María morirá en vergüenza y deshonor. María conocía a José. Este era un hombre justo y temeroso de Dios. Si estuviera conven-

cido de la culpabilidad de María, no la perdonaría. Así que, su aceptación la llevaba a la muerte. Su reputación quedaría empañada para siempre. Aquella que se mantuvo pura con miras al matrimonio será llamada madre soltera, será la sospechosa. ¿De qué sirve entonces la piedad? ¿Quién querrá creerla? Si María lo considera desde un punto de vista humano está perdida. Una fe inmensa debe apoderarse de su corazón para que pueda renunciar a la reputación que le dan su virtud, su humildad, su gracia, su fidelidad. Debe aceptar perder la estima de sus hermanos y la confianza de sus amigos. Todas estas ventajas en la carne deben ser estimadas por la hija de David como basura, para ganar a Cristo y ser hallada en él, no con su *propia justicia, que se basa en la ley, sino la que se adquiere por medio de la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe* (Filipenses 3:9).

María creyó, y se aferró a las palabras de su Dios, más que a los deseos de su propio corazón. Aceptó el riesgo de la fe. En ella el sacrificio ya había sido consumado. Por aquel al que ella amaba, María estaba dispuesta a morir. Entonces la obra de Dios comienza en la virgen. En el abrazo de un amor inefable, María concibe del Espíritu Santo y su ser, que ella ha mantenido puro, se convierte en el vaso del que Dios se sirve para formar en él el cuerpo de su Hijo, el Santo de Dios. Él estará en ella y, a la hora señalada, María dará a luz al Salvador, al Hijo de Dios. Para que la obra de Dios se realizara en María era necesario que ella diera su consentimiento. Es así con toda alma que Dios llama a la vida eterna. Para que Cristo sea recibido y formado en nosotros, para que recibamos la vida eterna, es necesaria una decisión nuestra, una aceptación, una respuesta clara y precisa al llamamiento de Dios.

La visitación

En aquellos días María se puso en camino y se dirigió apresuradamente a una ciudad de la región montañosa de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Y sucedió que cuando Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó a gran voz: —Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Tan pronto como llegó

la voz de tu saludo a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho! (Lucas 1:39-45).

Tan pronto como María hubo aceptado que la obra maravillosa de Dios se realizara en ella, emprendió el camino que la llevaría a aquella a quien Dios había visitado en su vejez. María no se queda sola, sino que siente la necesidad de acudir sin demora a la única persona que realmente puede comprenderla, Elisabet, su parienta. Sucede lo mismo cada vez que un alma nace a una nueva vida. No puede quedarse retraída en sí misma, sino que busca una casa, un hogar espiritual donde ser acogida y comprendida, donde poder dar sus primeros pasos y realizar un primer servicio, lejos de los ojos del mundo.

En aquellos días María se puso en camino y se dirigió apresuradamente a una ciudad de la región montañosa de Judá.

Vemos a esta joven de Nazaret, con su secreto en el corazón, caminando apresuradamente hacia las montañas donde una pareja de ancianos espera el cumplimiento de una promesa. La incredulidad de Zacarías, que no creyó en las palabras del ángel, no impedirá su cumplimiento, pero Zacarías no podrá alabar a Dios en la espera. Permanecerá mudo hasta el nacimiento de su hijo. Todavía hoy la incredulidad de los fieles les impide alabar a Dios, pero no puede impedir la realización de sus designios. Nuestra falta de fe no puede desviar a Dios de sus planes, sino que nos priva de glorificarlo y de manifestar nuestro gozo en espera de la liberación.

Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet.

Dos mujeres se encuentran en la casa del enmudecido sacerdote. Una está en la aurora de la vida, la otra en el ocaso de su existencia. No es porque estén emparentadas según la carne por lo que Elisabet y María se encuentran, sino porque ambas han sido visitadas por Dios. El motivo de su encuentro es el gran acontecimiento que están esperando. Y porque María creyó en la promesa, Jesús, a quien ella espera, ya está presente en ella. Allí donde las almas redimidas por el Señor sienten la necesidad de encontrarse a sí mismas porque pertenecen a Cristo, allí aparece también la Iglesia. En esta reunión de dos o tres que creen en la promesa y que esperan en su nombre, se hace sentir en el corazón la presencia invisible de Jesús.

Y sucedió que cuando Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Elisabet, (fue) llena del Espíritu Santo.

Basta el simple saludo de María para que Elisabet sienta la presencia del Señor en su intimidad. Habría mucho que decir sobre cómo Elisabet recibió a María. No la recibió como a una intrusa, como a una extraña sospechosa que primero debía ser examinada, ni siquiera como a un pariente según la carne. Esta mujer anciana y respetable acoge a la joven e insignificante María como la madre de su Señor, como la que lleva en sí la vida de Dios. Este es el vínculo que unía a Elisabet con María. Ni la edad, ni los gustos, ni las palabras, ni los pensamientos, ni los actos de María influyen en la acogida que le reserva su pariente. Llena del Espíritu Santo, Elisabet exclamó:

—Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Tan pronto como llegó la voz de tu saludo a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.

María es bendita a los ojos de Elisabet, no porque sea una mujer extraordinaria, sino porque el fruto de su cuerpo es bendito. Elisabet tenía discernimiento espiritual. El Espíritu Santo la llenó y la iluminó y así reconoció en María los signos de la presencia divina. No fue María quien sobresaltó al hijo de Elisabet. Fue Jesús en María, pues desde que ésta aceptó ver realizado en ella el beneplácito de Dios, comenzó la identificación con Cristo. Ya no es ella quien vive, sino él quien vive en ella.

Una acogida semejante a la que recibió María en casa de Zacarías, es la que las almas recién nacidas a la vida divina deberían recibir en nuestras comunidades por los que fueron acogidos antes que ellas. Esas almas deben encontrar entre nosotros personas llenas del Espíritu Santo y que hablen por el Espíritu. El contacto de María y Elisabet es el verdadero contacto cristiano, un contacto entrañable, un contacto de vida. Hoy se habla mucho sobre establecer relaciones entre cristianos. Así, buscamos crear vínculos entre personas que reclaman tener el mismo Señor a través de contactos teológicos donde cada uno expone el fruto de su investigación y de su ciencia religiosa, pero permanece firmemente apegado a sus posiciones. Están también los contactos eclesiales, donde a través del culto común se busca suscitar en los corazones las mismas emociones, los

mismos sentimientos, los mismos gustos, pensando así en acercar a las almas verdaderamente piadosas. Están también los contactos creados con miras a la evangelización, encuentros donde los cristianos no sólo están llamados a escuchar la misma liturgia o cantar los mismos cánticos, sino a confesar juntos —y por los hechos— su fe a los ojos de el mundo.

Todo esto es útil y necesario. Pero debemos recordar que no es porque tengamos los mismos puntos de vista sobre todas las cosas por lo que estamos unidos en Cristo. Del mismo modo, no es porque compartamos los mismos gustos sobre una forma de adoración o porque vibremos de la misma manera al escuchar las mismas palabras por lo que estamos unidos en Jesús. Finalmente, no es porque trabajemos juntos en el servicio del mismo Maestro por lo que estamos unidos en Dios, sino porque tenemos en nosotros la misma vida, la vida del Padre y del Hijo. Es esta vida la que hizo saltar a Juan el Bautista en el seno de su madre; esta vida que él, como precursor, iba a anunciar para que creciera en todos, mientras él disminuía. Nuestro vínculo con las almas, por tanto, no proviene de un contacto intelectual, sentimental o práctico, sino de Jesucristo, presente en nuestras vidas a través de su Palabra y de su Espíritu. Si todos santificamos a Cristo en nuestro corazón, no tendremos dificultad para entrar en contacto con nuestros hermanos, y nuestros encuentros se convertirán para nosotros en un privilegio divino, una ocasión de profunda edificación y un estímulo para nuestra fe.

¡Dichosa tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho!

Elisabet termina sus palabras de bienvenida con un testimonio de la fe de María. María es bienaventurada por su fe en la promesa de Dios y no por las gracias sobrenaturales que pudiera haber recibido antes de su nacimiento. Aquella que había visto el poder y la gracia de Dios manifestados en la esterilidad de su naturaleza y la misericordia del Señor brotada en su avanzada edad, estaba capacitada para fortalecer la fe de su joven parienta.

También, en la comunión con la que esperaba en Dios y le confirmaba por el Espíritu Santo que las grandes cosas prometidas por el ángel estaban a punto de realizarse, María ve su corazón desbordado y prorrumpe en alabanza. Todavía hoy la comunión de los santos, el encuentro de las almas en las que habita la esperanza de la gloria, hace brotar de lo más

profundo de nuestro ser un canto de amor que exalta la fuente de toda felicidad, el Todopoderoso que ha hecho grandes cosas por nosotros.

El Magnificat

Entonces María respondió: —Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones; porque el Poderoso me ha hecho grandes cosas. ¡Santo es su nombre y su misericordia permanece de generación en generación para los que le temen! Hizo proezas con su brazo. A los engreídos les desbarató el pensamiento de sus corazones. Derribó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió con las manos vacías. Socorrió a Israel, su siervo, y se acordó de su misericordia, de la cual habló con nuestros padres, con Abraham y con toda su descendencia para siempre (Lucas 1:46-55).

No nos extenderemos mucho en las maravillosas palabras del Magnificat, en la respuesta de María a Elisabet. Toda alma en la que Dios ha comenzado su obra, toda persona a la que se le ha concedido gratuitamente, en relación con Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él, puede decir mediante su persona y su propia vida lo que proclama el cántico de María. Pero para que la criatura sea llevada a dar gloria a Dios y regocijarse en él, debe haber sido objeto de una intervención divina. Abandonado a sus propios recursos, el hombre no puede dar gloria a nadie más que a sí mismo. Solo la revelación de la grandeza de Dios, por un lado, y el conocimiento de nuestra propia miseria, por otro, pueden conducirnos a la adoración liberadora.

Para engrandecer al Señor, regocijarnos en Dios y llamarlo nuestro Salvador, no basta con creer simplemente en su existencia. Hay que conocer el corazón del Padre y amar a Dios por encima de todo. Debemos reconocer su soberanía absoluta y su derecho sobre nuestra vida. Debemos haber sondeado el abismo de nuestra decadencia y conocido el amor de Dios que nada condiciona, su bondad que se manifiesta no importa el estado en que nos encontremos, cualquiera que sea nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro. Solo el conocimiento de un Dios misericordioso es una

fuente constante de alegría para el espíritu cristiano. El cántico de María es, por tanto, el cántico de los redimidos, de los que ahora pertenecen enteramente, en espíritu, alma y cuerpo a Dios eterno: Padre, Hijo y Espíritu Santo. María, habiendo entregado su cuerpo al Espíritu Santo, abandona su alma al reino del Señor, mientras que su espíritu ya no encuentra alegría sino en Dios su Salvador. Desde que el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, María está absorta en Dios. El Dios que ella conoce no es una fuerza anónima, una idea vaga o un destino despiadado, sino el Dios personal y vivo que tiene corazón, ojos, brazo fuerte, todopoderoso. Y si María habla de sí misma por un momento, es para humillarse y reconocer su condición de inferioridad para hablar mejor de él, para hacer más tangible la gracia de la que es objeto. Sabe que Dios no rechaza su debilidad, que al contrario se dispone a manifestar su poder en su debilidad de tal manera que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque ha hallado plenamente suficiente la gracia de su Dios. Así, a lo largo de los siglos, todos podrán conocer la fuente de su alegría, el secreto de su bienaventuranza que puede convertirse en la bienaventuranza de quien crea en el evangelio de la gloria de Dios bendito.

Olvidándose de sí misma, María se eleva a las alturas más puras y puede celebrar a Dios por todo lo que es, por todo lo que ha hecho, por lo que hace y lo que hará. María tiene algo que decir sobre la santidad del nombre de Dios, sobre su infinita misericordia hacia los que le temen. Puede hablar de la fuerza de su brazo, de la ayuda que da a los humildes, de los bienes con que sacia a los hambrientos y necesitados, mientras en su justicia despide vacíos a los ricos y dispersa a los que guardan en su corazón pensamientos orgullosos. Finalmente, puede recordar la eficaz ayuda de la que Israel fue objeto por parte de Dios, y proclamar que las promesas hechas a los padres a través de Abraham y a su posteridad se cumplirán un día plenamente. En el Magnificat María, la sierva del Señor, que había esperado de antemano en Cristo, sirve enteramente *para alabanza de la gloria de su gracia* (Efesios 1:6).

Al final de este segundo capítulo, ¿comprendemos el sentido profundo de la auténtica y maravillosa historia de la virgen madre? Entre otras aplicaciones, la gran verdad que ilustra admirablemente la vida de María es esta: cuando Dios quiso manifestarse a los hombres y hacerse visible al mundo para traerle la salvación, tuvo que revestirse de un cuerpo de carne para acercarse a estos seres de carne. El Señor formó este cuerpo

en María, que se entregó a él sin reservas. Por ella, Dios pudo encarnarse en Cristo y manifestarse a los hombres, *reconciliando consigo al mundo* (2 Corintios 5:19). Los ojos podían verlo, los oídos podían oírlo y las manos podían tocarlo. Hoy Dios quiere reinar en las personas, no solo en la parte invisible de sus seres. Quiere reinar sobre el ser humano completo, es decir, someter a su poder nuestro cuerpo —la parte visible y sensible de nuestro ser— para hacer de nuestros miembros *instrumentos de justicia* (Romanos 6:13).

María es un cuadro vivo que ilumina con un reflejo puro toda la enseñanza de Cristo y de los apóstoles sobre el milagro del nuevo nacimiento, sin el cual nadie puede ver el reino de Dios. De hecho todo nuevo nacimiento es un milagro tan grande como la concepción milagrosa, de modo que todos los que niegan el nacimiento virginal tampoco pueden creer en un nacimiento de lo alto para el hombre carnal. Jesús dejó bien claro que el hombre debe nacer de nuevo para entrar en su reino. Asimismo Pablo nos muestra cómo debe formarse Cristo en nosotros, cómo debe crecer y manifestar su vida en nuestra carne mortal. Cristo en nosotros es primero niño, luego adolescente y finalmente hombre adulto.

Lo que sucedió un día en María debe reflejarse espiritualmente en nuestra propia vida. María, llamada por Dios, no se rehusó a sí misma ni rehusó nada a su Dios y Salvador. Entregándose a él de todo corazón, vio a Dios Todopoderoso tomar posesión de todo su ser. Sucede lo mismo hoy cuando se manifiesta la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres. Quien acepta esta gracia y responde al amor de Dios guardando sus mandamientos verá cumplida la maravillosa promesa del Señor: *vendremos a él y haremos morada con él* (Juan 14:23). Por María, la salvación que es Jesús, entraría en el mundo. Pero antes tenía que ser formado en ella. *Concebirás*, es obra de Dios en María. *Darás a luz*, es obra de Dios a través de María, para el mundo.

Cuando se recibe la palabra de Dios, el Espíritu Santo fecunda esta semilla incorruptible en nuestro corazón, y da a luz a *Cristo en vosotros [nosotros], la esperanza de gloria* (Colosenses 1:27b). La carne mortal del cristiano se convierte entonces en el terreno para la manifestación de la vida de Jesús, del poder del Espíritu Santo en una vasija de barro. En adelante, el creyente está llamado a revestirse del nuevo hombre, que no es fruto de los esfuerzos de la carne —de una carne que tienda a mejorar—,

sino una nueva creación *revestido de la nueva naturaleza, la naturaleza del hombre nuevo, que por el conocimiento se va renovando a imagen del que lo creó* (Colosenses 3:10). El nuevo hombre es manifestado por el Espíritu Santo en la carne que ha sido crucificada con sus pasiones y deseos.

Si anteriormente establecí un paralelo entre Eva y María, podemos, al terminar este capítulo, hacer una conexión entre María y nosotros, entre la virgen madre y el alma redimida. Dios, que quiso salvar a la humanidad enviando a su hijo en los tiempos de María, hoy todavía quiere que se proclame su salvación a las almas perdidas. Aquí, sobre la tierra, él tiene su tiempo, sus medios y sus mensajeros para anunciar la buena nueva. El alma que oye la Palabra del Señor, el alma que busca a Dios, el alma cuya conciencia es despertada por el conocimiento de la ley, el alma que quiere agradar a Dios y se esfuerza por hacerlo, es turbada al principio por el mensaje del evangelio, porque se lo toma como algo personal. De repente se da cuenta de que realmente se trata de él. Se le hace una pregunta específica a la que debe dar una respuesta personal y se le requiere un compromiso.

¿Qué efecto ha tenido la predicación del evangelio en nuestros corazones? ¿Hemos conocido la turbación, el temor que experimenta todo pecador en la presencia de un Dios santo? No hay salvación en nadie más que en Jesucristo, pero esta salvación gratuita es mucho más que solo buenas noticias o solo el perdón de nuestros pecados. La salvación de Dios es alguien que va a nacer en nosotros, a crecer, a ocupar todo el lugar en la medida en que nosotros disminuyamos. Esta es la gracia que se nos ofrece: Dios viviendo en nosotros, tener un Salvador que nos procura la salvación.

Si la vida de Jesús no se manifiesta en nuestra carne mortal, todavía estamos sin Cristo y somos ajenos a la vida de Dios. La única vida cristiana es la de Cristo en nosotros. No hay una vida cristiana para los católicos, otra para los ortodoxos y otras varias para las múltiples divisiones del protestantismo. Dios nos llama a participar de su propia naturaleza; nos invita a una unión íntima con él. Y está esperando nuestra respuesta.

No nos miremos a nosotros mismos, sino a aquel que nos ha mirado, llamándonos a su reino y a su gloria. Como María, entreguemos nuestro corazón a él y dejémoslo actuar: *Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho*. María aceptó que Cristo fuera formado en ella, para que

podría ser entregado al mundo. Así se salvó María y así participó en la salvación de los demás. Puede ser lo mismo para nosotros hoy. Dios nos salva para asociarnos a su obra de salvación. Así, los que honran a María no son siempre los que hablan de ella, sino los que imitan su ejemplo y su fe.

1 ► El nombre dado a este canto de María (Magnificat) viene del texto del Evangelio de Lucas traducido al latín, que en su primera frase dice: **Magnificat anima mea Dominum...** (Mi alma engrandece al Señor...).

La fe madura no pide señales y milagros, sino que cree fuertemente.

Charles Spurgeon

Dios no da su gloria a otro, ni su honra a los ídolos. Si necesita hombres, si los usa para llevar a cabo sus planes, es un favor que les hace. Así, en su gracia, Dios sabe en su momento elegir un hombre o una mujer, que serán para él vasos escogidos a través de los cuales dará a conocer las riquezas de su gloria en medio de los hombres.

La gloria eterna de María, como la de Israel, es Jesús, el Hijo amado del Padre. De hecho, la vida misma de María nos prohíbe detenernos en ella. Todas las lecciones que nos da nos llevan de nuevo a *Cristo [que] es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación* (Colosenses 1:15). No se puede pensar en María sin pensar en el Hijo de Dios. María existe por él, para él y en él. Del mismo modo, uno no debería poder pensar en un cristiano sin pensar en Cristo. Lo que nos interesa y nos es útil en la vida de un hombre o de una mujer es la medida de Cristo en ellos. Todo lo demás, origen, nacimiento, belleza, riqueza, posición, es secundario en un mundo donde todo es *vanidad y aflicción de espíritu* (Eclesiastés 1:14b).

Aquel en quien mora el amor de Dios no busca la gloria de los hombres, sino que busca la gloria que viene solo de Dios. No busca su voluntad, sino la voluntad de aquel que, por gracia, nos saca de las tinieblas y que, en cualquier momento, puede hacernos volver a ellas. Si nuestra consagración es real, la fidelidad al Señor permanece total, el apego y la devoción a Cristo permanecen completos, incluso cuando ya no se habla de nosotros. Los seres celosos de la gloria de Dios, en vez de buscar su propia gloria saben que son levantados para servir en el consejo de Dios.

Son conscientes de que su carrera puede terminar tan fácilmente a los treinta como a los setenta años. Lo esencial para ellos no es una larga vida, sino el cumplimiento humilde, fiel y gozoso del servicio recibido del Señor. Este fue el caso de Juan el Bautista que pudo decir, refiriéndose a Jesús: *Es necesario que él crezca, y que yo mengüe* (Juan 3:30). Esta frase era parte de su programa. No solo la predicó sino que la vivió. Tan pronto

como hubo preparado el camino del Señor, tan pronto como Cristo salió de las sombras para comenzar su ministerio, Dios retiró a Juan el Bautista mediante una muerte violenta.

Del mismo rey David dice la Escritura que después de haber cumplido en su tiempo el propósito de Dios, durmió y se reunió con sus padres. No somos nosotros quienes elegimos la hora, el día, el lugar y las circunstancias que nos harán desaparecer del horizonte de los hombres. De esta manera, Dios prueba que la vida de sus siervos tiene sentido sólo en Cristo, sin otra razón de ser que Cristo. El apóstol Pablo, que entendió perfectamente esta verdad dijo: ... *Cristo será engrandecido en mi cuerpo, tanto si vivo como si muero. Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia* (Filipenses 1:20b-21). Más tarde dirá también: *Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, somos del Señor* (Romanos 14:7-8).

Lo que acabo de decir sobre los siervos de Dios en general se aplica también a María, la sierva del Señor. Los Evangelios nos muestran de manera impactante el verdadero lugar que Dios le dio a María, madre de Jesús. En la Sagrada Escritura, se habla sobre todo de María antes del nacimiento de Cristo, en la infancia y adolescencia de Jesús.

Desde que Jesús se hace hombre, y a lo largo de su ministerio, María aparece solo ocasionalmente. Y Jesús parece querer recordar sin cesar el papel exacto de su madre y su lugar en su vida, con las palabras que pronuncia en estas circunstancias. Veamos pues varias de esas circunstancias:

► En las bodas de Caná, cuando María le habla a su hijo de la preocupación de sus anfitriones por la falta de vino, Jesús le responde: —*Mujer, ¿qué tiene que ver esto con nosotros? Aún no ha llegado mi hora* (Juan 2:4). María debe comprender que tiene ante sí a su Señor, único juez de lo que él deberá hacer.

► Cuando alguien de en medio de la multitud sentada a su alrededor viene a decirle: —*Tu madre y tus hermanos están afuera y quieren verte* (Lucas 8:20). Entonces Jesús responde: ... *mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo: —Estos son mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Marcos 3:34). Por eso es María su madre, porque Dios la

escogió, no rehusó la gracia que le fue dada, obedeció e hizo la voluntad de Dios.

► Entonces una mujer, levantando su voz en medio de la multitud, clamaba, mientras él hablaba: —*¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!* (Lucas 11:27b). Jesús inmediatamente dijo: —*Dichosos, más bien, quienes oyen la Palabra de Dios y la obedecen* (Lucas 11:28). Así que Jesús no permitió que la atención de la multitud se desviara de él a su madre, como tampoco permitió que su madre le dijera lo que tenía que hacer al comienzo de su ministerio. Sin embargo, Jesús no abandonó a María.

► Cuando, desde la cruz, ve a su madre con Juan al pie de su patíbulo, exclama: —*Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: —Ahí tienes a tu madre. Desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa.* (Juan 19:28-27). También allí, en esta hora suprema, Jesús le da a su madre su verdadero lugar. Jesús va al Padre, va a volver al lugar de donde vino. Su comienzo no estaba en el pesebre y su final no estaría en la cruz. En cuanto a María, su lugar está en la tierra en la compañía de los hombres, del discípulo a quien él amaba.

► Y cuando, resucitado, Jesús se muestra a sus discípulos durante cuarenta días, ni los Evangelios ni los Hechos de los Apóstoles nos hablan de una visita especial de Jesús a su madre ni de un mensaje particular del resucitado a María. Aparecerá a María Magdalena, luego a las santas mujeres, incluida su madre. Tendrá un mensaje para Pedro que lo negó, pero nada especial para su madre, fiel entre los fieles. Después de la ascensión de Jesús, encontramos a María en la sala donde se reunían los apóstoles, esperando el día de Pentecostés. ¿Qué estaba haciendo? La sierva del Señor perseveraba en la oración con sus hermanos y hermanas. Nadie se dirige a ella. María, junto con sus hermanos, invoca al Señor. María ora con los vivos, entre los vivos y por los vivos. María no ora por los muertos y, sobre todo, nadie ora a ella. Aparte de las citas que acabo de hacer y algunas otras que mencionaré más adelante, ya no se menciona a María ni su nombre en el Nuevo Testamento. Ni Pablo, ni Santiago, ni Pedro, ni Juan, ni Judas la mencionan. Escucha en cambio sus declaraciones:

► Pablo, hablando de la mediación dice: *Pues hay un solo Dios, y así mismo un solo mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús* (1 Timoteo 2:5).

► Santiago, hablando de la religión dice: *La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y no contaminarse con la maldad del mundo* (Santiago 1:27).

► Pedro, hablando de la redención dice: *Si invocáis por Padre a aquel que, sin hacer acepción de personas, juzga a cada uno según sus hechos, comportaos con temor de Dios todo el tiempo que viváis en este mundo. Bien sabéis que fuisteis rescatados de una vida sin sentido, la cual heredasteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Ya estaba destinado desde antes de la creación del mundo, pero ha sido manifestado en estos últimos tiempos por amor a vosotros. Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó de los muertos y lo ha glorificado, para que vuestra fe y esperanza estén puestas en Dios* (1 Pedro 1:17-21).

► Juan, al hablar de la intercesión dice: *Hijitos estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo* (1 Juan 2:1-2).

► Finalmente Judas, refiriéndose a la fe transmitida a los creyentes, dice: *Amados, yo tenía un gran deseo de escribiros acerca de la salvación que tenemos en común. Pero ahora me veo en la necesidad de escribiros para animaros a que os esforcéis a perseverar en la fe que una vez fue dada a los creyentes. Pues algunos hombres, sin temor ni respeto a Dios, se han infiltrado entre vosotros. Estos hombres, que desde hace mucho tiempo ya habían sido destinados a la condenación, convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo... Pero vosotros, amados, recordad las palabras que os dijeron los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Ellos os decían: En los últimos tiempos habrá burladores que vivirán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones, y viven según sus propios instintos y no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificaos sobre vuestra santísima fe, orad en el Espíritu*

Santo, manteneos en el amor de Dios, esperad la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A unos recibid con misericordia, discerniendo a quien recibís. A otros salvadlos por temor arrebatándolos del fuego; pero con mucho cuidado: desechad aun la ropa contaminada por el contacto con su cuerpo. A aquel, pues, que es poderoso para guardaros sin pecado y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén (Judas 3-4, 17-24).

Todos estos textos fijan la doctrina cristiana y excluyen claramente la posibilidad de una evolución del dogma. También llama la atención que el mismo Juan, el discípulo que acogió a María en su casa, guarde silencio sobre la madre de nuestro Señor. Sé muy bien que algunos quieren ver a María en la mujer que nos presenta el capítulo doce del Apocalipsis, vestida del sol, con la luna bajo los pies y una corona de doce estrellas. Sin embargo, un estudio atento de este capítulo examinado a la luz de la analogía de la fe, nos probaría muy rápidamente que esta mujer no personifica ni a María ni a la Iglesia, sino al pueblo de Israel. Como hemos visto anteriormente, la Escritura nos habla de María antes del nacimiento de Jesús, durante su infancia y adolescencia. Después María se desvanece. Ella ya no vive sino escondida en Cristo, para mostrarlo a él. Es a él a quien ella pone por delante. María permanece a la sombra y sobre todo a la sombra de la cruz, que se cierne sobre toda la vida de su hijo. Esta es para nosotros, entre tantas otras, una de las grandes lecciones que nos da María. Y si seguimos trazando un paralelo entre la madre del Señor y el alma salvada por la gracia de Dios —el alma que acepta la salvación por la fe, para luego llevarla a los demás— sacaremos aún muchas más lecciones útiles de la vida de María.

La prometida de José

Ya he subrayado al comentar la anunciación, la visitación y el Magníficat, cómo Dios quiere reproducir espiritualmente en cada uno de nosotros la obra que hizo en María. Por lo tanto, queda para nuestra edificación considerar lo que le sucedió a María cuando regresó a casa después de pasar tres meses con Elisabet.

El alma que ha acogido y creído la Palabra del Señor, que ha conocido la alegría de la comunión y los arrebatos de la adoración, en la comunidad creada por Cristo, no puede permanecer siempre con aquellos a quienes la gracia ha visitado. Es necesario salir del «país de las montañas», descender de las cumbres puras para volver al hogar, a la casa de uno, donde comenzarán las dificultades, donde se probará la fe. Los lazos celestiales no rompen los lazos terrenales. La vida de Dios en nosotros solo los purifica y santifica.

La llamada de Dios a la santificación no lleva a las almas a separarse del mundo para vivir aisladas, sino a convertirse en posesión de Dios en el mundo, su tesoro particular. No es cuestión de que María no regrese a José o le oculte su condición. De la misma manera, el alma que ha recibido la vida de Dios no puede sustraerse a sus responsabilidades y no confesar el nombre de Jesús entre los suyos. ¿Qué hará José cuando sepa que María está embarazada? Escuchemos cómo describe Mateo estos hechos que, humanamente, podrían haber tenido consecuencias trágicas para María:

El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba prometida en matrimonio con José, y antes que convivieran se halló que había concebido del Espíritu Santo. José, su marido, como era justo y no quería difamarla, determinó dejarla secretamente. Mientras pensaba él en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: —José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emanuel (que significa: «Dios con nosotros»). Cuando despertó José, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer (Mateo 1:18-24).

Al observar el estado de su prometida, José tuvo, a primera vista, dos posibilidades ante él:

- Si creía en el testimonio de María y en su versión del misterio de su embarazo, podría tener consigo a su esposa y honrar en ella a la elegida del Señor.

► Por el contrario, si todavía tenía dudas acerca de una situación tan extraordinaria, siendo un hombre justo, no podía casarse con María, cayendo entonces la prometida embarazada bajo la ley que pronunciaba la pena de muerte para tal caso. (Deuteronomio, cap. 22, v. 23 y siguientes).

¿Qué pensó José para que se planteara una tercera solución, la que le llevó a querer romper en secreto con María, para no exponerla públicamente a la ignominia y menos todavía a los rigores de la ley? O el testimonio de María no fue suficiente para convencerlo y, ante la duda, prefiere abstenerse, siendo un buen hombre o, si ha creído a su novia, un temor respetuoso se apodera de su corazón. José no se siente capaz de vivir con esta persona en la que Dios está realizando un misterio tan grande. ¿Qué sucedería con María humildemente resignada a la voluntad de Dios? ¿Será abandonada la sierva del Señor en esta prueba? Cuando Dios empieza una obra en un corazón la sigue y la lleva a término. No permite que la incredulidad, la duda o el miedo destruyan su obra o impidan su desarrollo. Dios mismo interviene; un ángel del Señor se le aparece a José en sueños, disipa sus dudas o temores, revelándole personalmente la verdad sobre el niño y comunicándole lo que Dios espera de él.

Tan pronto como se despertó, sin dudarle, José obedece la orden de lo alto y lleva a su esposa a su lado, protegiéndola así de sospechas ofensivas. José, por tanto, comparte la esperanza de María. La salvación ha entrado en su casa. La virgen ya no está sola ahora, a la espera de las maravillas de Dios. Tal liberación es la imagen de todo lo que Dios puede hacer, aún hoy, por las almas de nuestras familias que no creen en nuestro testimonio. Ya no depende de nosotros luchar. Esperamos que el Señor, a su tiempo, revelará su propia gracia y llevará a la obediencia de la fe a los que en nuestros hogares no conocen la verdad.

Pero no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz a su hijo primogénito, a quien puso por nombre Jesús (Mateo 1:25).

En este texto, el evangelio quiere establecer como hecho histórico el origen divino de Jesucristo. Este es el verdadero interés que este pasaje tiene para nosotros. José encontró a María embarazada antes de que vieran juntos, y fue sin que él hubiera tenido relaciones conyugales que ella dio a luz a Jesús. Así, si no podemos probar por las Escrituras la virgini-

dad perpetua de María, no podemos dudar de que ella era virgen al nacer el Salvador. Esto es lo importante.

¿Qué pasó después entre José y María? Me parece una pérdida de tiempo discutir interminablemente si, después del nacimiento de Jesús, José conoció a su esposa y le dio otros hijos, los que el evangelio llama los hermanos del Señor. Si bien es cierto que el término hermano se usa a veces en la Biblia para designar un grado de parentesco cercano y no necesariamente a los hijos del mismo padre y de la misma madre, nadie puede certificar, sin embargo, que los hermanos de Jesús, de los que nos habla el Nuevo Testamento, eran sólo sus primos.

En Nazaret, donde se había criado Jesús, se decía de él: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros?* (Mateo 13:55-56a). *¿Y no nos dice el apóstol Juan que ni siquiera sus hermanos creían en él* (Juan 7:5)? ¿Será por eso que, en el momento de morir, Jesús encomienda su madre a Juan y no a sus allegados que todavía son incrédulos?

Podríamos apoyarlo fácilmente apoyándonos en estas palabras del salmo mesiánico: *Extraño he sido para mis hermanos y desconocido para los hijos de mi madre* (Salmo 69:8). Para mí, repito, sea cual sea la opinión que se tenga sobre los hermanos o las hermanas de Jesús, no veo qué puede añadir o quitar a la virtud de María el hecho de haber permanecido virgen o haber tenido hijos después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, si nada impide formalmente que José tuviera relaciones conyugales con su esposa después del nacimiento de Jesús, (y así parece indicarlo el texto bíblico)¹; también se podría comprender muy bien que el esposo de María se planteara en su corazón respetar a aquella cuyo cuerpo había sido el teatro misterioso de tal operación del Espíritu Santo. En cualquier caso, José y María siguen siendo para los novios de todos los tiempos, modelo de fe, amor y pureza.

El nacimiento de Cristo

La lectura del segundo capítulo de los evangelios de Lucas y Mateo, nos informa perfectamente sobre las circunstancias que vivió María antes,

durante y después del nacimiento de su hijo.

Aconteció en aquellos días que Augusto César promulgó un edicto disponiendo que todos los habitantes del Imperio romano fueran empadronados. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. Todos iba a empadronarse a sus respectivas ciudades de origen. También José, que era de la familia de David, subió de la ciudad de Nazaret, en la región de Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para ser empadronado con María, su esposa, que estaba embarazada (Lucas 2:1-5).

Las cosas maravillosas que esperamos de Dios no siempre resultan como esperamos. María y José viven en Nazaret de Galilea y, sin embargo, según las Escrituras, es en Belén de Judea donde debe nacer el Mesías:

Pero tú, Belén Efrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad (Miqueas 5:2).

Si María conocía este texto de Miqueas, podría estar preocupada. ¿Debe ella, para cumplir esta profecía, ir sola a Belén a dar a luz en esta ciudad o quedarse en Nazaret, que para ella simplificaría tanto las cosas? No depende de nosotros cumplir las profecías. Solo nos corresponde ser fieles allí donde Dios nos visita y saber esperar de él, en sumisión, la realización de sus designios. A pesar de las apariencias, Dios gobierna el mundo y reina sobre todos los césares. Además, es por un edicto de Augusto, ordenando un censo de toda la tierra, por lo que José y María se encontrarán el día y la hora del parto, en el lugar anunciado por los profetas.

La voluntad de Dios siempre se cumple por su poder y siempre está de acuerdo con la Escritura. Dios no nos pide que hagamos hoy, de manera carnal o porque tenemos tiempo, lo que él espera que hagamos mañana con el poder que él comunicará. Pero mañana, cuando él quiera, nos exigirá una obediencia total a su voluntad claramente revelada. Ninguna circunstancia, ningún trabajo, ningún cansancio debe detenernos. Sujeto a las autoridades y a pesar del estado de María, José irá como todos a su propio pueblo, a fin de empadronarse con la mujer que se comprometió con él.

Y sucedió que estando allí se cumplió el tiempo de que ella diera a

luz. Y tuvo a su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Así que, henos aquí en Belén. Pero de nuevo las cosas no van a salir como quisiéramos, o como nuestra piadosa imaginación pudiera prever el cumplimiento de algún acontecimiento divino. Todo se hace para desconcertarnos o escandalizarnos. Ni el escenario del nacimiento de Cristo, ni los actores que evolucionan en torno a Jesús parecen corresponder a la dignidad que corresponde al Hijo de Dios. No es en el mesón donde nacerá el Salvador, sino en una cueva oscura que sirve de establo para los animales. Es en un pesebre donde María acostará a su niño y es allí donde los pobres pastores vendrán a buscarlo. En la tierra la presencia de Jesús en nosotros no abre necesariamente todas las puertas. Al contrario, en ciertos lugares no habrá lugar para nosotros aquí abajo, *el mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a él* (1 Juan 3:1b). *Sin embargo sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que son llamados conforme a su propósito* (Romanos 8:28). Dios quiere enseñar a los que ha elegido para cumplir su voluntad que su salvación gratuita debe anunciarse primero a los pobres y a los ignorantes.

Los pastores de Belén

En la misma región había pastores que pasaban la noche en el campo vigilando a sus rebaños. De pronto, se les presentó un ángel del Señor y el resplandor de su gloria los envolvió completamente y quedaron sobrecogidos de temor. Pero el ángel les dijo: —No temáis, porque vengo a traeros una buena noticia, que será causa de gran alegría para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios y decían: —¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz entre los hombres que gozan de su buena voluntad! (Lucas 2:8-14).

Si el mundo no nos recibe, Dios nos capacitará para recibir a los que el mundo desprecia, pero a los que él ama y quiere salvar. Hoy se gastan millones para abrir la puerta de un «mesón» que no es para nosotros, y

para financiar una publicidad llamativa destinada a que las multitudes acepten a Jesucristo. En el pasado, José y María aceptaron la oscuridad de un establo para depositar allí el tesoro de su corazón. Entonces se abrió el cielo y, sin intervención alguna de José y María, se hizo un maravilloso anuncio, digno del Hijo de Dios, por un ángel rodeado de un coro celestial. ¡No faltaba nada en el anuncio! El hecho, la fecha, el lugar, todo estaba indicado. Finalmente se les reveló la señal que les llevaría a creer en esta buena noticia y a reconocer al niño del pesebre como el Salvador.

Sucedió que cuando los ángeles se volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: —Vayamos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer. Fueron apresuradamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron todo lo que el ángel les había dicho acerca del niño. Todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían, pero María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho (Lucas 2:15-20).

Atraídos irresistiblemente por el anuncio celestial, los despreciados, los pastores se apresuran a ir a Belén y encuentran que todo se ajusta a lo que les había sido anunciado. Entonces volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído. Que el que lee entienda, y con María guarde todas estas cosas y las medite en su corazón, encontrando su inspiración en las cosas hechas en el cielo para evangelizar la tierra. Si tenemos la vida de Jesús, si se manifiesta en nuestra carne mortal, nuestro testimonio comenzará entre los pobres, entre los humildes de este mundo. Solo que no dejemos al Salvador desnudo en el pesebre. Como María, envolvámoslo en nuestro amor. Así que, si todavía no podemos mostrar a Cristo en otro lugar que no sea en un establo, experimentaremos que si Jesús es todo para nuestro corazón, aquellos que Dios nos enviará por su poder divino, no verán más el simple establo sino solo la persona del niño divino. En el establo de Belén lo que vieron los pastores fue a un niño pequeño. Pero también contaron todo lo que se les dijo sobre este acontecimiento. Así también hoy, si Cristo nace realmente en nosotros, los humildes de este mundo sabrán ver «al niño pequeño», aunque no tengamos grandes medios para mostrarlo, ni hermosas capillas donde presentarlo.

Los magos de Oriente

Cuando Jesús nació en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos magos que preguntaban: —¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues su estrella hemos visto en el oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Por eso convocó a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo y les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le respondieron: —En Belén de Judea, según escribió el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel. Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para cerciorarse del tiempo exacto en que había aparecido la estrella, y los envió a Belén diciéndoles: —Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño y cuando lo halléis hacédmelo saber para que yo también vaya a adorarlo. Ellos después de oír al rey se fueron. Y la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que al llegar se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de gran alegría y cuando entraron en la casa vieron al niño con María, su madre, se postraron y lo adoraron. Luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Pero como fueron avisados por revelación en sueños de que no volvieran a Jerusalén para informar a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino (Mateo 2:1-12).

Si la buena noticia ha de ser anunciada a los pobres y a los ignorantes, recordemos que Dios ama también a los ricos y a los sabios. También para ellos llegará la hora en que, como los magos de Oriente, podrán ver al «niño pequeño» con María su madre y postrarse ante él para rendirle homenaje, poniendo sus tesoros a sus pies. Para encontrar a Cristo su camino será más largo que el de los pastores, y sus dificultades mayores. Su búsqueda del Salvador no estará exenta de problemas. Pero, habiendo partido un día en la dirección correcta, y a pesar de los obstáculos, siempre encontrarán la estrella que los guiará en su noche hacia el mejor tesoro y la mayor alegría. Ellos también recibirán una advertencia divina para que no vuelvan con ciertas personas que serían una trampa para ellos, y sabrán por dónde quiere Dios que caminen para volver a sus ocupaciones.

La huida a Egipto

Después de que partieron, un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: —Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Permanece allí hasta que yo te diga, porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. Entonces él se despertó, tomó de noche al niño y a su madre y se fue a Egipto. Estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi Hijo. Herodes, al verse burlado por los magos, se enojó mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo indicado por los magos. Entonces se cumplió lo declarado por el profeta Jeremías: Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido: Raquel llora a sus hijos y no quiso ser consolada, porque perecieron (Mateo 2:13-18).

Hoy, como en los días de Herodes, Dios no se deja vencer por los planes criminales de nuestros adversarios. Él conoce los pensamientos y las intenciones de los corazones y sabe advertir a sus hijos. ¿Qué hará el joven cristiano frente a la oposición, la amenaza y la ira de Satanás? Se dejará guiar por aquel que, desde el cielo, vela por la vida de cada niño pequeño. Irá a donde Dios lo lleve. Por causa de Jesús, José y María tuvieron que ir a Egipto. Por la vida de Cristo en nosotros, Dios todavía puede alejarnos, pero es él también quien, a su tiempo, nos hará volver del exilio. El odio, la persecución, el sufrimiento, todo esto está en el programa del cristiano, y debe suceder para que se cumpla la Escritura.

El regreso a Israel

Pero muerto Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José, en Egipto, y le dijo: —Levántate, toma al niño y a su madre y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban matar al niño. Entonces él se levantó, tomó al niño y a su madre y se fue a tierra de Israel. Pero cuando oyó que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allá. Y avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea y se estableció en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cum-

pliera lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno (Mateo 2:19-23).

Los hombres pasan, los tiempos cambian, solo Jesús permanece. Tras la muerte de Herodes un ángel interviene de nuevo para llamar a José, al niño y su madre, de regreso a Israel. Pero no a la ciudad de David su padre, sino a Nazaret, la ciudad menospreciada de la que no parecía salir ningún profeta. Educado en esa ciudad, Jesús será llamado nazareno. Allí donde se manifiesta la vida de Jesús todo es guiado por la voluntad divina. El hombre no elige el lugar donde dar testimonio. Fiel, obedece la voluntad revelada de Dios, y no tarda en ver como se cumple la Escritura en su vida.

El niño perdido y encontrado

Los padres de Jesús acudían todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús cumplió los doce años, fueron a la fiesta como tenían por costumbre. Concluida la celebración, los padres regresaron, pero Jesús se quedó en Jerusalén sin que ellos lo supieran. José y María, pensando que caminaba entre las personas que formaban la caravana, hicieron una jornada de camino mientras lo buscaban entre los parientes y conocidos, pero no le encontraron. Entonces volvieron a Jerusalén para buscarle. Al cabo de tres días le encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían se asombraban por su inteligencia y sus respuestas. Sus padres se quedaron atónitos al verle y María le dijo: —Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Él les respondió: —¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre? Pero ellos no entendieron su respuesta. Jesús volvió con sus padres a Nazaret y permaneció sujeto a ellos. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante la gente (Lucas 2:41-52).

Jesús tenía doce años cuando María tuvo que aprender una importante lección, y con ella debemos recordar a menudo su enseñanza en nuestro corazón. Siempre es un gran peligro para nosotros realizar actos religiosos por costumbre. Cuando se convierten en tradiciones para no-

sotros, sin darnos cuenta perdemos rápidamente el contacto con Jesús. Absortos en mil ocupaciones, incluso piadosas, no nos damos cuenta de que Jesús ya no está con nosotros. Sin embargo lo creemos allí, formando parte del viaje. Y así podemos caminar un día entero sin sufrir por su ausencia. Pero llega la noche y cuando de repente nos preocupamos por Jesús, él permanece ilocalizable. Los compañeros de viaje, los parientes y los conocidos no nos ayudan a encontrar a aquel que hemos descuidado y perdido... ¿Dónde buscarlo? ¿Dónde encontrarlo?

Jesús nos ha acostumbrado tanto a su fidelidad que llegamos a creer que siempre debe estar ahí y que podemos caminar con quien queramos, charlar con quien nos parezca bien, no tener contacto con él por un día entero, sin dudar ni por un momento que lo encontraremos por la tarde, cuando hayamos terminado nuestros asuntos... Dios quiere enseñarnos que la presencia de Jesús es una gracia que debemos apreciar más que cualquier otra cosa, y que no es obvio que él se quede con nosotros cuando nuestros pensamientos no están con él.

Por un día en que hemos descuidado al Señor, la marcha se detiene... Tres días de pena y angustia... Sin embargo Jesús no estaba en peligro. Había quedado en Jerusalén y estaba sentado en el templo, en medio de los doctores de la Ley, escuchando y preguntando. Para recuperar el contacto con Jesús es siempre necesario volver al punto de partida. Fue en el templo de Dios donde se quedó el Salvador y solo allí lo encontraremos, si sabemos volvernos a nosotros mismos. Jesús está en los asuntos de su Padre, mientras que nosotros lo hemos olvidado para ocuparnos de nuestros propios asuntos. No acusemos al Señor de haber obrado mal con nosotros, sino volvámonos a nosotros mismos. Entonces comprenderemos que si tuvimos que buscarlo durante tres días, si estuvimos en el dolor y la angustia, fue porque una mañana nos fuimos sin él y que tras todo un día fuera de nosotros mismos nos hemos alejado de él. Solo perdemos a Jesús cuando nos alejamos de él. Y lo que nos aleja de él son los asuntos y las preocupaciones del mundo. Cristo se encuentra con su Padre. Busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia y si como María y José no entendemos todas las palabras y pensamientos del Señor, le veremos descender con nosotros a Nazaret, entrar en nuestros asuntos y preocupaciones para manifestar cada vez más su vida, su sabiduría y su gracia ante Dios y los hombres.

Después de haber comprendido plenamente esta enseñanza que María guardaba en su corazón, debemos volver a una lección que ella había aprendido en este mismo templo de Jerusalén, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, en la hora en que, por primera vez, condujo a su hijo allí.

La profecía de Simeón y su cumplimiento

Al llegar el octavo día, circuncidaron al niño y le llamaron Jesús, nombre que le había sido puesto por el ángel antes que fuera concebido. Y cuando se cumplieron los días para que, según la ley de Moisés, ellos fueran purificados, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo ante el Señor, cumpliendo así lo que está escrito en la ley del Señor: Todo primer hijo varón será consagrado al Señor, y para ofrecer al mismo tiempo el sacrificio prescrito por la ley del Señor: una pareja de tórtolas o dos pichones. Por entonces había en Jerusalén un hombre justo y piadoso llamado Simeón que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba sobre él y le había revelado que no vería la muerte antes de contemplar al Ungido del Señor. Impulsado por el Espíritu, Simeón fue al templo cuando los padres del niño Jesús llevaban a su hijo para hacer con él lo que establecía la ley. Y tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios diciendo: Ahora, Señor, puedes dejar partir a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque mis ojos han visto ya tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos: luz que se manifiesta a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. El padre de Jesús y la madre estaban asombrados de todo lo que de él se decía (Lucas 2 21-33).

En este primer viaje a Jerusalén, María no subió al templo «según la costumbre de la fiesta», sino para presentar a su hijo al Señor y cumplir con él lo que prescribía la ley de Moisés. Con su hijo en brazos, completamente pendiente de él, María oyó y vio cosas maravillosas. Un anciano piadoso, advertido por la voluntad divina de que no moriría hasta haber visto al Cristo del Señor, acudió al templo movido por el Espíritu en el momento en que los padres de Jesús se sometían a las exigencias de la Palabra. De boca de Simeón, María, que acababa de presentar al Señor la ofrenda de

los pobres, había recibido la confirmación de que su tesoro era verdaderamente la salvación de Dios, la luz para iluminar a las naciones y la gloria del pueblo de Israel. María y José estaban admirados de las cosas que se decían del niño. Qué bueno es también hoy, cuando en nuestra debilidad hacemos la voluntad del Señor, escuchar a personas piadosas, como Simeón y Ana, dar testimonio de la vida de Dios que poseemos, y de las maravillosas posibilidades que esta vida nos da a nosotros y a los demás.

Pero es entonces cuando Dios, al mismo tiempo que nos da su bendición, nos prepara para escuchar cosas que nuestro corazón carnal no podría haber soportado sin su gracia previa:

Simeón los bendijo y anunció a María, la madre del niño: —Este niño será motivo de caída y encubramiento de muchos en Israel, y signo de contradicción pues pondrá de manifiesto los pensamientos más íntimos de muchos corazones, y a ti te traspasará el alma como una espada (Lucas 2:34-35).

María debía saber que la vida de su hijo se convertiría en un signo que provocaría contradicción entre los hombres y que ella misma experimentaría el sufrimiento. Una espada traspasaría su propia alma, cuando la oposición de los hombres llegara a clavar al Salvador en la cruz, esa cruz donde se revelan los pensamientos de los corazones, donde el crucificado suscita la fe o la incredulidad, el amor o el odio de muchos. Fue una vida de sufrimiento la prometida a María en el mismo momento en que recibió la bendición del anciano Simeón. La madre del varón de dolores será también la madre dolorosa. El sufrimiento, la espada están en su futuro. Un filo es para Jesús, el otro para María y para todos los que, con ella, se salvan por las heridas del crucificado.

Cristo nos llama a compartir sus sufrimientos para que seamos hechos conformes a él en su muerte, para serlo también en su gloriosa resurrección. Dios llama a aquellos a quienes bendice con todas las bendiciones espirituales a los lugares celestiales en Cristo para seguirlo en la renuncia de todo, para seguirlo hasta la muerte y muerte en la cruz. Es precisamente hacia la cruz adonde María caminará. Es allí donde la encontraremos de pie y en silencio, dejando hablar a su Hijo, que es quien decide su destino.

Su suprema enseñanza para todas las generaciones, que la llamarán bienaventurada, María la había dado en Caná, en siete sencillas y lumi-

nosas palabras: *—Haced todo lo que él os diga* (Juan 2:5). Estas son las palabras que liberan a los hombres de sus dificultades. Les traen lo que les falta: el mejor vino, el gozo perfecto que proviene de la obediencia a los mandamientos del Hijo de Dios. María dio a luz a su hijo, no para que hablásemos de ella, sino siempre de él, no para que la mirásemos a ella, sino siempre a él, no para que la amásemos a ella, sino siempre a él, el que de su plenitud nos da gracia sobre gracia.

1 ► Ver Mateo 1:25: *Pero [José] no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz a su hijo primogénito, a quien puso por nombre Jesús.* Este texto da a entender que, después del nacimiento de Jesús, José y María llevaron una vida matrimonial normal.

¡Aquí está María!

¡María a la sombra de la cruz!

María verdaderamente humana, orando en medio de sus hermanos, y con sus hermanos, al único mediador entre Dios y los hombres:

El único que se sienta a la diestra de Dios e intercede por nosotros.

El único inmortal.

El único que destruyó la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por el evangelio.

Él pronto vendrá, nuestro glorioso Salvador y Señor Jesucristo.

Nos pide a todos que, como María, la sierva del Señor, sepamos mostrarlo a él al mundo que lo ignora. Entonces cuando se manifieste aquel que es nuestra vida, nos manifestará con él en gloria.

Es él, Jesús, quien en su día presentará a María glorificada con todos los que, como ella, lo han mirado y amado solo a él, todos aquellos a los que no se avergüenza de llamar, todavía hoy, «sus hermanos».

Ferran Cots editor • Barcelona

**María dio a luz a su hijo,
no para que hablásemos
de ella, sino siempre de él;
no para que la mirásemos
a ella, sino siempre a él;
no para que la amásemos a
ella, sino siempre a él.**

FC
EDITOR

